



ANDREW ROBERTS

CHURCHILL

LA BIOGRAFÍA

CRÍTICA

ANDREW ROBERTS

CHURCHILL

La biografía

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2019

Capitalismo y democracia 1756-1848. Cómo empezó este engaño
Josep Fontana Lázaro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Capitalisme i democràcia, 1756-1848.*
Com va començar aquest engany

© Herederos de Josep Fontana Lázaro, 2018

© de la traducción, Silvia Furió, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-104-5
Depósito legal: B. 4925 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Capítulo 1

UN APELLIDO CÉLEBRE

Noviembre de 1874 - enero de 1895

Se dice que los hombres célebres suelen ser producto de una infancia desdichada. Se precisa a un tiempo de la rigurosa presión de las circunstancias, de las punzadas de la adversidad, del acicate de los desaires y los chascos de los primeros años, para alumbrar a un tiempo esa implacable firmeza de propósito, y ese tenaz buen juicio de las madres, sin el cual rara vez se alcanza a materializar una sola acción insigne.

Churchill, *Marlborough. Su vida y su tiempo*.¹

Mitad aristócrata inglés y mitad fullero americano.

Comentario de Harold Macmillan sobre Churchill.²

Winston Leonard Spencer-Churchill nació en una pequeña planta baja, en el dormitorio más próximo a la entrada principal del palacio de Blenheim, en Oxfordshire, a la una y media de la madrugada del lunes 30 de noviembre de 1874. El alumbramiento no estuvo exento de preocupaciones, dado que el chiquillo no solo era prematuro, sino que su madre, la bella estadounidense y mujer de la alta sociedad Jennie Jerome, había sufrido una caída pocos días antes. La víspera del nacimiento la había zarandeado además un carro tirado por un poni, y tras el susto habían comenzado los dolores de parto. Al final se comprobó que no había nada anómalo, y el padre del niño, lord Randolph Churchill, benjamín del séptimo duque de Marlborough, no tardaría en decir a quien quisiera escucharle que era «una verdadera monada» de «ojos y cabellos oscuros, perfectamente sano».³ (El pelo pronto se volvería de un rubio rojizo; de hecho, en la actualidad pueden verse grandes tirabuzones de la melena que lucía a los cinco años en la sala del palacio en la que nació. Andando el tiempo, Churchill sería claramente pelirrojo.)

El nombre de «Winston» se le puso en recuerdo tanto de sir Winston Churchill, el antepasado de la criatura que había luchado en favor del rey Carlos I en

la revolución inglesa de 1642, y del hermano mayor de lord Randolph, que había fallecido a la corta edad de cuatro años. Con «Leonard» se honraba al abuelo materno del bebé, un financiero estadounidense acostumbrado a asumir riesgos y dueño de unos ferrocarriles, que para entonces ya había amasado y perdido dos grandes fortunas en Wall Street. El apellido «Spencer» llevaba unido al de «Churchill» desde 1817, como resultado del enlace matrimonial con la rica familia Spencer de Althorp, en Northamptonshire, que en la época de la boda lucía en su escudo de armas la titularidad del condado de Sunderland y que más tarde habría de convertirse en cepa de los condes Spencer. Orgullosos de su entronque con la rama de los Spencer, nuestro protagonista acostumbraría a rubricar sus documentos como Winston S. Churchill, y en 1942 le diría a un sindicalista estadounidense: «Por supuesto que mi verdadero nombre es Spencer-Churchill, y así es como debe escribirse —como ocurre, por ejemplo, en las circulares de la corte, cuando acudo a ver al rey».⁴

El abuelo paterno del recién nacido era John Winston Spencer-Churchill, propietario del palacio de Blenheim —un edificio al que no solo se ha llamado el Versalles inglés sino también «el mayor monumento conmemorativo de orden bélico que jamás se haya construido».—⁵ El inmueble recibía su nombre de una de las más gloriosas batallas de las que John Churchill, el primer duque de Marlborough, hubiera salido victorioso: la librada en 1704 en la guerra de sucesión española, y de hecho, tanto su magnífica arquitectura como sus tapices, sus bustos, sus cuadros y sus muebles obedecían a la vocación de fijar en la memoria la obtención del triunfo en un conflicto que había librado a Gran Bretaña de quedar sometida a la dominación de una superpotencia europea —en este caso la Francia de Luis XIV—, mensaje del que habría de empaparse a fondo el joven Winston. «No tenemos nada que pueda equipararse a esto», había admitido el rey Jorge III al visitar el palacio de Blenheim en 1786.

Más tarde, el propio Winston Churchill abundaría en la idea al asegurar que «somos nosotros quienes damos forma a nuestras mansiones, pero después son ellas las que nos moldean».⁶ Pese a que nunca residiera en Blenheim, el esplendor de los ciento cincuenta metros de fachada del palacio, sus más de veintiocho mil metros cuadrados de habitaciones, y las mil hectáreas de la finca, dejaron una profunda huella en Churchill. Se empapó de su magnificencia en los numerosos días festivos y fines de semana que pasó bajo sus techos, en compañía de sus primos. El palacio estaba, y sigue estando, saturado del espíritu del primer duque, el mayor soldado y estadista de la historia del Reino Unido: un hombre que había sido duque «en una época en que los duques eran duques», como habrá de afirmar Churchill al retratarle en la biografía que le dedicará más tarde.⁷

A los ojos de sus últimos contemporáneos victorianos, el apellido del joven Winston Churchill evocaba dos imágenes: por un lado la del esplendor del renombre militar del primer duque (y el de su palacio, evidentemente), pero por otro también la de la intrépida carrera y peripecia personal de lord Randolph Churchill, el padre de la criatura. Lord Randolph había sido elegido miembro del

parlamento nueve meses antes de que naciese Churchill, y estaba llamado a ser también uno de los principales líderes del Partido Conservador en cuanto el chiquillo alcanzara la edad de seis años. Se trataba de un hombre controvertido, voluble, oportunista, políticamente implacable, de brillante oratoria tanto en las tribunas públicas como en la Cámara de los Comunes, y señalado por todos como futuro primer ministro, al menos mientras su inherente tendencia a la irreflexión no le indujera a mostrar su peor cara. En materia política seguía los preceptos del dirigente conservador británico Benjamin Disraeli, que combinaba las ideas imperialistas en los asuntos exteriores con un programa progresista centrado en la materialización de reformas sociales en el ámbito interior. Lord Randolph dio el nombre de «Democracia Conservadora» a su versión de esta forma de entender el arte de gobernar, y Churchill se empaparía a fondo de sus principios. El eslogan que presidía estas convicciones —«Confía en la gente»— habría de emplearse muchas veces en la carrera profesional de su hijo.

Pese a que lord Randolph fuera hijo de un duque, él mismo carecía de una verdadera fortuna personal, al menos si comparamos su situación con la de la mayor parte de los de su misma clase. Como benjamín de una casa aristocrática en una era marcada por la primogenitura, no podía abrigar la esperanza de heredar grandes cosas de su progenitor. Y a pesar de que el padre de Jennie Jerome, su esposa norteamericana, hubiera sido enormemente rico poco antes —hasta el punto de que en un tiempo le habían apodado «el rey de Nueva York»—, lo cierto es que el magnate había sufrido una serie de reveses tremendos como consecuencia del desplome bursátil vivido en 1873 en Estados Unidos. Sin embargo, Leonard Jerome seguía viviendo en una casa que ocupaba una manzana entera de la avenida Madison y la calle 26, y que mostraba orgullosa al exterior sus amplias caballerizas y un teatro en toda regla. El millonario había sido dueño de los terrenos que hoy ocupa el embalse de Jerome Park, fundador del American Jockey Club y copropietario del *New York Times*.

Sin embargo, en la época en la que se celebró la boda de Jennie, el año inmediatamente posterior al batacazo financiero, Jerome solo pudo asignar una renta de dos mil libras esterlinas anuales a su hermosa hija, aportando el duque de Marlborough otras mil doscientas libras al año para la manutención del joven Randolph. Unidas estas cantidades al alquiler —que tenían pagado por cortesía de Jerome— de una casa sita en el 48 de la calle Charles, en Mayfair, la situación económica de la pareja debería haber sido lo suficientemente holgada para poder vivir confortablemente, pero tanto Jennie como Randolph eran conocidos por su acusada propensión al despilfarro. «No éramos ricos», recordará su hijo durante la segunda guerra mundial. «Me parece que debíamos disponer de unas tres mil libras al año y que gastábamos seis mil.»⁸

Lord Randolph había conocido a Jennie en la Regata Cowes, en la isla de Wight, en agosto de 1873. Apenas tres días después él le proponía matrimonio y ella le aceptaba. El 15 de abril de 1874 se casaban en la embajada británica en París, tras un compromiso de siete meses. Pese a que los Marlborough hubieran

dato formalmente su bendición al enlace, no estuvieron presentes en la ceremonia, porque el duque (que había enviado agentes a Nueva York y a Washington para tratar de determinar la verdadera cuantía de la fortuna de Jerome) consideraba que se trataba de una *mésalliance* y que el padre de la novia era «un hombre vulgar» y «un mal tipo», perteneciente a «la clase de los especuladores».⁹

Churchill estaba extremadamente satisfecho de que sus padres se hubieran casado por amor. En un escrito de 1937 en el que alude a una demanda por difamación que acababa de interponer contra un libro que le había tildado de «primicia del primer matrimonio famoso que se había realizado por dinero», Churchill le confesó a un amigo:

La referencia al matrimonio de mi madre y mi padre no solo me resulta muy dolorosa, sino que también carece de todo fundamento, como tú bien sabes. Si alguna vez ha habido una unión entre dos personas enamoradas ha sido esta, y desde luego los dos tenían muy poco dinero. De hecho, todo cuanto podían permitirse era vivir de la forma más modesta posible para la gente de la alta sociedad londinense. Si el matrimonio alcanzó fama más tarde fue debido a que mi padre, un vástago desconocido de la aristocracia, se hizo célebre, y también a que mi madre, como atestiguan todas sus fotografías, era una de las mujeres más bellas de su época, y en esto hay acuerdo general.¹⁰

(Al final, el individuo que había publicado el libelo fue obligado a abonarle quinientas libras por daños y perjuicios, más otras doscientas cincuenta libras en concepto de costas. Sin embargo, Churchill no consiguió las disculpas que había esperado recibir.)

Winston Churchill nació en el seno de una casta que disponía de un inmenso poder político y económico en el mayor imperio que haya conocido la historia, un imperio que además todavía no había sido agusanado por la inseguridad y la falta de aplomo. Tanto la absoluta confianza en sí mismo que siempre caracterizó a Churchill como su extraordinaria independencia emanaban directamente de la serena tranquilidad que le hacía sentir instintivamente la conciencia de quién era y de dónde venía. Al redactar la nota necrológica de su primo Charles, alias «Sunny»,* noveno duque de Marlborough, Churchill señala que su nacimiento había tenido lugar en el seno de una de «las trescientas o cuatrocientas familias que durante trescientos o cuatrocientos años han guiado los destinos de la nación».¹¹ Churchill sabía que provenía de la cúspide de la pirámide social, y en esa época, uno de los atributos clave de dicha clase consistía en poder permitirse el lujo de no preocuparse demasiado de lo que el resto de los mortales, situados en peldaños inferiores, pudiera pensar de ellos. Como habría de escribir a este respecto su mejor amigo, el abogado y parlamentario conservador Frederick Edwin Smith, que andando el tiempo ostentaría el título de lord Birkenhead, Churchill

* El apodo se debe más a la denominación de su primer título de cortesía —que le señalaba como conde de Sunderland— que a un carácter particularmente alegre.

«poseía un escudo mental que le impedía desconfiar de sí mismo». ¹² Esta capacidad habría de revelarse inestimable en aquellos períodos —y fueron muy numerosos— en los que nadie más diera la impresión de fiarse realmente de él.

La vida social de las clases altas de las épocas victoriana y eduardiana consistía en parte en permanecer en las fincas campestres de amigos y conocidos durante un largo fin de semana, es decir, «de viernes a lunes», por emplear la expresión inglesa. En el transcurso de los años venideros, Churchill adquiriría la costumbre de quedarse con la familia Lytton de Knebworth; con sus primos, los Londonderry de Mount Stewart; con los Rothschild de Tring; con los Grenfell de Taplow y Panshanger; con los Rosebery de Dalmeny; con los Cecil de Hatfield; con el duque de Westminster, bien en Eaton Hall, bien en el yate ducal, el *Flying Cloud*; con sus primos lord y lady Wimborne, en Canford Manor; con los John Astor de Hever; y con los Waldorf Astor de Cliveden. También efectuaría frecuentes visitas a Blenheim y a otros muchos palacetes similares. Pese a que de vez en cuando se viera condenado al ostracismo como consecuencia de las medidas políticas que habría de adoptar a lo largo de su vida adulta, siempre contó con la posibilidad de recurrir a una extensa red de la más encumbrada sociedad. Este resguardado puerto de amistades y parientes, integrado en gran medida por aristócratas, estaba llamado a sostenerle en los malos tiempos que se avecinaban.

La aristocracia inglesa de la era victoriana formaba una tribu muy particular, provista de toda una serie de jerarquías, acentos, clubes, escuelas, facultades, carreras profesionales, vocabularios, códigos de honor, rituales amatorios, lealtades, tradiciones y deportes —todo ello coronado por un peculiarísimo sentido del humor—. Algunas de esas claves resultaban francamente enrevesadas, como arcanos prácticamente impenetrables para los no iniciados. En la época en la que, siendo un joven subalterno, hubo de entrar en contacto con el sistema de castas de la India, Churchill lo entendió al instante. Sus opiniones políticas brotaban en esencia del movimiento de la Joven Inglaterra, auspiciado por Disraeli en la década de 1840, cuya percepción de la idea de *noblesse oblige* presuponía una eterna superioridad de clase, pero abrazaba también, de manera instintiva, los deberes de los privilegiados para con los menos favorecidos. La interpretación que Churchill daba a los compromisos de la aristocracia se resumía en la noción de que tanto él como los de su clase tenían una honda responsabilidad hacia el país, que con toda legitimidad podía esperar de su persona una entrega vitalicia.

De cuando en cuando, podía tenerse la impresión de que las clases superiores británicas del último cuarto del siglo XIX se hallaban bastante distanciadas del resto de la sociedad. Lord Hartington, por ejemplo, heredero del ducado de Devonshire, confesaría en una ocasión que jamás había oído hablar de los servilletes (debido a que daba por supuesto que la mantelería se lavaba después de cada comida); lord Curzon, el estadista, llevaba fama de no haber tomado un autobús más que una sola vez en toda su vida —y además se había sentido indignado al comprobar que el conductor se negaba a llevarle al lugar al que él le ordenaba dirigirse—. Algo parecido podría decirse del mismo Churchill, ya que no

marcó un número de teléfono con sus propias manos hasta la edad de setenta y tres años.¹³ (Fue una llamada al servicio horario, y tras escuchar la locución dio amablemente las gracias a la cinta.) No tenía la sensación de depender casi totalmente de los criados domésticos. «Yo mismo me haré la comida», le dijo orgullosamente en una ocasión a su esposa, corriendo la década de 1950. «Sé cocer un huevo. He visto cómo se hace.»¹⁴ (Sin embargo, al final no tocó los fogones.) A los quince años, en la posdata de una de sus cartas, se lee: «Milbanke te escribe por mí estas líneas, puesto que yo me estoy dando un baño».¹⁵ * Dos años más tarde, se quejaría amargamente por haber tenido que viajar en un compartimento de segunda clase. Así lo explica en uno de sus escritos: «Por Júpiter que no volveré a viajar en segunda por nada del mundo».¹⁶ Ya en la madurez, era raro que se desplazara sin la compañía de un ayuda de cámara, y así lo haría incluso en los campos de batalla de la guerra de los bóeres y la segunda guerra mundial. Durante su estancia en prisión en Sudáfrica solicitó (y consiguió) que se llamara a un barbero para rasurarlo. En el Hotel Savoy pedía platos que no estaban en el menú, y, siendo ya primer ministro, si quería matar a una mosca, pedía a su secretario que mandara venir a su criado para que «le retorciera el pescuezo al maldito bicho».¹⁷ Desde luego, no puede decirse que Churchill fuera precisamente un perfecto representante de la inminente «Era del hombre común».^o

Como buen aristócrata, no era en modo alguno esnob. Una de las cosas que deseaba preguntarle a Adolf Hitler respecto de los judíos era esta: «¿Qué sentido tiene oponerse a un hombre por la simple razón de su nacimiento?».¹⁸ Sus amigos más íntimos procedían de un amplio círculo social. De hecho, si de algún pie cojeaba era del que le inducía a mostrar una especie de debilidad por los advenedizos, como sus compañeros Brendan Bracken y Maxine Elliott. Una de sus amistades más próximas diría de él: «Está imbuido de un sentido de la tradición histórica, pero no le atan prácticamente nada los convencionalismos».¹⁹ Esto puede apreciarse en sus excéntricos gustos en materia de vestimenta, como el mono de trabajo y los zapatos de cremallera, así como en la estafalaria irregularidad de sus horarios. Le gustaba hacer caso omiso de las reglas jerárquicas, lo que muchas veces encolerizaba a quienes le rodeaban. «Soy arrogante», diría en una ocasión de sí mismo, en un perspicaz ejemplo de autocrítica, «pero no engréido».²⁰ En el mundo actual, todo aquel que dé muestras de creerse dotado de privilegios de naturaleza aristocrática resulta consideradamente reprehensible, pero Churchill rezumaba ese tipo de actitud, lo que afectaba al comportamiento que mantenía en todo. Ese carácter explica, por ejemplo, que estuviera dispuesto a gastar alegremente un dinero que no tenía. Vivió su existencia al estilo aris-

* Andando el tiempo, sir John Milbanke, alias «Jack», obtendría la Cruz Victoria en la guerra de los bóeres.

^o Expresión surgida con el séptimo presidente estadounidense Andrew Jackson (1767-1845), que propugnaba una mayor democracia para el hombre común, al que auguraba un futuro predominio. Fue un período marcado por la voluntad de terminar con el gobierno de las élites. (*N. del t.*)

toocrático a pesar de no poder permitírselo —pero eso mismo llevaba ya el sello de la aristocracia—. Pedía que le ampliaran el crédito, apostaba grandes sumas en los casinos, y tan pronto como se vio en una posición realmente boyante —lo que no le sucedería hasta cumplidos los setenta— se dedicó a comprar caballos de carreras.

Son muchos los testimonios que condenan a Churchill por la insensibilidad que manifestaba hacia otras personas y puntos de vista, pero todos esos recuerdos olvidan valorar una cosa: que esa piel de rinoceronte era, en realidad, un atributo esencial para alguien tan adicto a la polémica como él. «Usted es uno de los pocos individuos en los que reconozco la facultad de emitir juicios dignos de mi respeto», le escribió a lord Craigavon en diciembre de 1938, que había combatido en la guerra de los bóeres y era primer ministro de Irlanda del Norte —sabiendo que el aludido pasaba por uno de los peores momentos de su vida—.²¹ Como también les ocurriera al marqués de Lansdowne, que había promovido la paz con Alemania durante la primera guerra mundial, o al de Tavistock, que de forma mucho más censurable habría de hacer otro tanto en la segunda gran contienda, el aristócrata que llevaba dentro animaba a Churchill a decir lo que pensaba con exactitud y sin ambages, con independencia de cuáles pudieran ser las consecuencias.

Churchill pasó sus primeros años en Dublín, ciudad en la que sus padres vivían en Little Lodge, cerca de Viceregal Lodge,* en Phoenix Park, donde lord Randolph trabajaba como secretario particular de su padre. En enero de 1877, Disraeli había nombrado virrey y lord teniente de Irlanda al séptimo duque de Marlborough. Lord Randolph había tenido que abandonar Londres debido a que el príncipe de Gales le había relegado al ostracismo después de que hubiera intentado chantajearle infructuosamente a causa de un escándalo en el que se había visto implicado el hermano mayor de Randolph, el marqués de Blandford, y en el que habían desempeñado un especial papel unas cuantas cartas de amor comprometedoras y una antigua amante del príncipe, casada para más señas. Sería uno de los muchísimos aprietos poco edificantes en los que habría de acabar envuelto lord Randolph en su breve e inestable existencia, que sin embargo fue innegablemente emocionante. La elefantina memoria del príncipe perduró largo tiempo, así que a lord Randolph le resultó imposible regresar a Londres por espacio de tres años.

El más antiguo recuerdo de Churchill se remonta al año 1878 y presenta un oportuno sello marcial, dado que se asocia con la imagen de su abuelo en el trance de descubrir una estatua dedicada a lord Gough, el héroe imperial anglo-irlandés, en Phoenix Park. El duque pronunció para la ocasión un discurso

* Edificio oficial que hoy recibe el nombre de Áras an Uachtaráin y en el que reside actualmente el presidente de Irlanda.

redondeado con la frase «Y con una fulminante andanada quebró las líneas enemigas» —cuyo significado afirmarí a haber entendido a la sazón Churchill, pese a que entonces solo tuviera tres años—.²² Dado que su abuelo actuaba en representación de la reina Victoria y que ejercía los deberes ceremoniales de la soberana en Irlanda, Churchill adquirió un profundo sentido reverencial de la institución monárquica, una percepción que habría de conservar durante el resto de su vida. Su siguiente evocación encontrará escenario el siguiente mes de marzo, en 1879, mientras paseaba a lomos de un burrito en el parque: topó de pronto con una situación que a su institutriz le llenó de temor, porque la consideró una manifestación de los republicanos irlandeses —aunque muy probablemente se tratara tan solo de una marcha de la Brigada de los Fusileros británicos—. «Me tiraron del burro y sufrí una conmoción cerebral», sostendrá más tarde Churchill. «¡Ese fue mi primer contacto con la política irlandesa!»²³ Su siguiente estremecimiento tendrá lugar en 1882, fecha en la que Thomas Burke, subsecretario de Irlanda —que había regalado a Churchill un tambor de hojalata—, recibió en Phoenix Park la mortal puñalada de unos terroristas del movimiento republicano irlandés (un atentado en el que fallecería también lord Frederick Cavendish, recién nombrado jefe de la secretaría de Irlanda), causando una honda conmoción popular.

Dos años antes, en febrero de 1880 había venido al mundo, y también de forma prematura, Jack, el hermano pequeño de Churchill, cuando la familia se encontraba todavía en Irlanda. Sin embargo, ese mes de abril, el exilio social de lord Randolph llegó a su fin, de modo que el matrimonio regresó y puso casa en el 29 de la plaza de Saint James de Londres. El siguiente recuerdo político de Churchill fue la muerte de Disraeli, sobrevenida en abril de 1881, a sus seis años. «Seguí su enfermedad día a día y con gran angustia», comenta, «porque todo el mundo decía que iba a ser una gran pérdida para el país, ya que nadie más iba a ser capaz de impedir que el señor William Ewart Gladstone nos impusiera a todos su perversa voluntad».²⁴ El liberal Gladstone había ganado las elecciones generales el mismo mes en que los Churchill regresaban a la capital británica, y tras la victoria había asumido por segunda vez el cargo de primer ministro. En 1883, lord Randolph fundó la Primrose League, una organización política conservadora de base popular, cuyo nombre era un homenaje a la supuesta flor favorita de Disraeli, la primula. La función del partido consistía fundamentalmente en promover la carrera del padre de Churchill y el programa político de la Democracia Conservadora —y de hecho, a los doce años, Winston se uniría a la rama de la asociación en Brighton.

«Querida mamá: espero que estés estupendamente», se lee en la carta de Churchill más antigua que ha llegado hasta nosotros, escrita desde el palacio de Blenheim en enero de 1882, tras haber celebrado sus padres la Navidad leños de la mansión. «Te agradezco muchísimo, muchísimo los hermosos regalos de esos Soldados y Banderas y el Castillo, son tan bonitos y ha sido un detalle que tú y mi querido papá os hayáis acordado... Os mando todo mi amor y un mon-

tón de besos. Vuestro querido Winston.»²⁵ Muchos chicos tenían soldaditos en miniatura, pero uno de los primos de Churchill aseguraría más tarde que «en su cuarto de los juguetes había, de un extremo a otro, una plataforma hecha con tablones y apoyada en caballetes sobre la que se alineaban miles de soldaditos de plomo en formación de combate. Se dedicaba a organizar guerras. Maniobrababa con los batallones de metal esmaltado y los hacía entrar en acción. Los guisantes y las piedrecillas provocaban terribles bajas; se tomaban fuertes al asalto, se lanzaban cargas de caballería y se destruían puentes...».²⁶ Estas batallas «se escenificaban con un interés que nada tenía que ver con los juegos ordinarios de los chiquillos». El disfrute de ese vasto ejército de plomo nos habla de la generosidad con la que los padres trataban a un muchachito que por entonces no era más que «un pequeño y rubicundo bulldog malcriado»,²⁷ según la descripción de su abuela. Sin embargo, el hecho de que sus padres hubieran pasado las fiestas lejos de él nos indica el inicio de un persistente distanciamiento, tanto físico como emocional, que hoy juzgaríamos próximo al maltrato. Es muy posible que Peregrine, el hijo de su hermano Jack, estuviera en lo cierto al sostener que, a su juicio, los padres de su tío no le habían descuidado más de lo habitual en un niño de la clase alta victoriana de aquellos años, pero desde luego la sensibilidad natural de Churchill le induciría a rebelarse contra ese abandono bastante más de lo corriente.

Si lord Randolph Churchill y su esposa Jennie dedicaron relativamente poco tiempo a su hijo se debió tanto a la carrera política de él como a la activa vida social de ella. En una ocasión, lord Randolph pronunció un discurso en Brighton sin tomarse siquiera la molestia de ir a visitar a Winston, que estaba en un colegio situado a menos de tres kilómetros de distancia, en Hove. A finales de la década de 1930, después de una cena, Winston le diría a su hijo Randolph: «Esta tarde hemos charlado tú y yo juntos, sin interrupción, más tiempo del que jamás tuve ocasión de hablar yo mismo con mi padre en toda su vida».²⁸ Jennie anotó en su diario cada una de las trece veces que vio a sus hijos en los primeros siete meses de 1882. Son entradas de este tipo: «He encontrado muy bien a los chicos»; o «He visto a los niños».²⁹ También consta que fue de compras en once ocasiones, que se dedicó a pintar veinticinco veces, que comió o tomó el té con su amiga lady Blanche Hozier veintiséis, y que merendó diez con el parlamentario conservador Arthur Balfour. Salía tan a menudo por la noche que prefiriera señalar las rarísimas circunstancias en que ocurre lo contrario: «No he ido a ninguna fiesta, estaba demasiado adormilada». Y cuando no hacía vida nocturna, iba de caza; pasaba los fines de semana en veladas domésticas en el campo; se dedicaba a «despellejar tremendamente» a todo el mundo con un célebre galán, el capitán Bay Middleton, durante la ceremonia del té, y a «las más frívolas diversiones» con sus amigos a la hora de comer; tocaba el piano, cenaba en el Café Royal, jugaba al billar, almorzaba en el palacio de Saint James, asistía a una representación teatral de Sarah Bernhardt y Lilly Langtry, permanecía «en la cama hasta las dos de la tarde», intercambiaba unos cuantos golpes de tenis y se zam-

bullía habitualmente en la ajetreada vida de una belleza de la alta sociedad tan deseada como ella.³⁰

«He acudido a la fiesta que han dado los Salisbury» —se lee en una de las características anotaciones del diario de Jennie— «después del baile de Cornelia. El príncipe y la princesa eran de la partida. No puede decirse que haya sido divertidísimo, la verdad».³¹ Y dado que le habría resultado muy difícil juzgar «divertidísimo» al «pequeño Win» de siete años, al muchachito no le quedó más remedio que tomar posiciones en la larga cola de personas que se disputaban la atención y el afecto de su madre, puesto que Jennie estaba entregada en cuerpo y alma a la existencia socialmente colmada, aunque un tanto vacua, de todas las esposas de los aristócratas y políticos de la era victoriana. Solo en una ocasión tuvo el arranque de salir en compañía de Consuelo, la duquesa de Marlborough, «para dar mantas, etcétera» a los pobres, dos días después de haber «pasado toda la mañana de compras».³² Andando el tiempo, Winston haría famoso este comentario escrito, dedicado a su madre: «Tenía a mis ojos el brillo del Lucero vespertino. La quería con toda mi alma, pero a distancia».³³

Buena parte de la bien documentada mala conducta de Churchill en los distintos colegios a los que fue enviado parece brotar de un deseo de llamar la atención, dado que, a diferencia del arquetípico chico del período victoriano, el joven Winston estaba decidido a que se le viera y escuchara. No es habitual que nadie achique su inteligencia por debajo de la que realmente tiene al trazar su autorretrato, pero eso es justamente lo que hace Churchill en su autobiografía de 1930, titulada *Mi juventud*, que debe leerse más en el marco de un colorido proceso de construcción del propio mito que al modo de una historia estrictamente exacta. Los cuadernos de notas que obtiene como colegial desmienten por completo las afirmaciones en las que él mismo sostiene que fue un zoquete en el plano académico. Los resultados que logró en el transcurso de seis cuatrimestres sucesivos en la escuela preparatoria de Saint George, en Ascot, en la que ingresó justo antes de su octavo cumpleaños, en 1882, muestran que llegó a situarse entre el 50 % de los alumnos con mejores calificaciones y que, por regla general, se encontraba en el tercio más aventajado de la clase.³⁴

En Saint George, Churchill recibía golpes de forma habitual, pero no a causa de su rendimiento escolar —sus notas de Historia oscilaron siempre entre «Bueno», «Muy bueno» o «Extremadamente bueno»—, sino al hecho de que el director del centro, H. W. Sneyd-Kinnersley, era un sádico (al que un alumno califica de «sodomita inconsciente») que disfrutaba bajándoles los pantalones a los chicos jóvenes para propinarles azotes en las nalgas hasta hacerles sangre.³⁵ Aparentemente, la razón de estas palizas quincenales se debía al mal comportamiento de Churchill, a quien se tacha de «*my* desobediente» y se acusa de «seguir dando problemas», de «portarse de forma sumamente negativa» y «más que escandalosa», etcétera, etcétera.³⁶ «No puede confiarse en que se conduzca de forma adecuada en ninguna parte», escribe Sneyd-Kinnersley en abril de 1884. Y sin embargo, justo a renglón seguido, añade: «Tiene grandísimas capacidades».³⁷